



# Su mero padre

*Jorge Vázquez Ángeles*



Notre Dame du Haut, iglesia de peregrinación. Le Corbusier; Ronchamp, 1955 (Erich Lessing / Album, Getty Images)

MARCUS VITRUVIUS POLLIO, MEJOR CONOCIDO COMO VITRUVIO, es considerado el padre de la Arquitectura. Aunque no se conocen obras relevantes ejecutadas por este arquitecto romano, ganó su pase a la posteridad al escribir *Los diez libros de la arquitectura*, el más antiguo tratado sobre el quehacer arquitectónico. Entre sus páginas se establecen los elementos que conforman la santísima trinidad de la arquitectura: belleza (*venustas*), firmeza (*firmitas*) y la utilidad (*utilitas*).

Si escarbamos en las vidas de los más ilustres arquitectos, encontraremos que fueron influenciados decisivamente por alguna persona que

se convirtió en una figura muy cercana al padre. Sin la aparición de esos “padres”, es probable, nos habríamos perdido de decenas de obras valiosas o de declaraciones como las del célebre Frank Lloyd Wright: “No pretendo ser el mayor arquitecto que haya existido hasta ahora, quiero ser el más grande que llegue a existir jamás<sup>1</sup>”.

A propósito del arquitecto nacido en Madison, Wisconsin, en 1867, su padre biológico William Wright se ganaba la vida como maestro de música. Evidentemente, no le alcanzaba para mantener no sólo al pequeño Frank, sino a las hijas de su anterior matrimonio. El día menos pensado, y ante las muestras convincentes de locura que desde tiempo atrás manifestara Anna Lloyd Jones, se marchó del pueblo. Desde ese entonces, madre e hijo buscaron refugio en la iglesia del tío Jenkin Lloyd, un reverendo de corte radical. El joven Frank demostró desde pequeño cierta inclinación hacia los lujos inalcanzables, sobre todo por las ideas de una madre que lo consideraba como una especie de elegido, un ser que habría de realizar grandes obras y que las haría, eso sí, endeudado y llevando un tren de vida muy por encima de sus posibilidades.

A la edad de veinte años marchó a la gran ciudad, Chicago, la misma que se había convertido en un páramo de oportunidades cuando el incendio de 1871 arrasó con buena parte de sus edificios. En un alarde vocacional, Frank Lloyd Wright decide ser arquitecto, como quien elige un pantalón de terciopelo en vez de uno de terlenka. Con esa idea en la cabeza, se le ocurre buscar trabajo en el despacho de J.L. Silsbee, arquitecto que había diseñado la iglesia del tío Jenkin. No se queda demasiado tiempo ahí; sus dotes de buen dibujante lo catapultan a la firma más importante de la ciudad: Adler & Sullivan. Louis Sullivan acoge al joven de veinte años y le da trato preferencial, hechizado por esa seguridad a prueba de fracasos que tantas puertas le abriría a lo largo de su carrera.



Casa Fallingwater: Frank Lloyd Wright, Mill Run, Pennsylvania, 1935  
(Getty Images Latin America)

<sup>1</sup> *Vidas construidas*. Anaxu Zabalbeascoa y Javier Rodríguez Marcos. Gustavo Gili, 1998.

La relación va más allá de lo profesional cuando las ideas de Lloyd Wright van cobrando forma en los edificios que el despacho construye, como el Auditorium Building, en Chicago. Conforme el ascenso de Wright se traduce en aumentos de sueldo, préstamos y el patrocinio de su matrimonio, incluyendo ajuar y casa, a espaldas de su maestro acepta algunos encargos que ejecuta por las noches, y con los que se va labrando tal reputación que hoy en día sigue siendo considerado uno de los más grandes arquitectos que han existido en este planeta.

Charles Edouard-Jeanneret es la otra cara de la moneda. A diferencia del altivo Wright, el futuro arquitecto que firmó todas sus obras con el apodo más importante en la historia de la arquitectura, antes que otra cosa, quiso ser pintor, actividad que nunca abandonó a lo largo de su carrera. De continuar por ese camino, es probable que hubiera sido un artista local sin mayores méritos o quizá, siguiendo la tradición familiar, se habría convertido en relojero como su padre y su abuelo.

En la escuela de arte ubicada en La Chaux-de-Fonds, un pequeño pueblo del cantón suizo de Neuchatel, Charles Edouard-Jeanneret comienza a aprender las diversas técnicas de la pintura, guiado por Charles L'Eplattenier, pintor y arquitecto de la vanguardia suiza, quien no le ve madera para empuñar el pincel. Cada que puede, somete a su alumno a la implacable presión de quien puede doblar vigas de acero con el solo poder de la voluntad: "La arquitectura, Jeanneret, la arquitectura"<sup>2</sup>.

Ante la reticencia del joven, L'Eplattenier rebasa los límites de la relación maestro-alumno al conseguirle una plaza de dibujante en un despacho de arquitectos. Se trata de un paso definitivo, sin retorno, que transformará su vida y la de la arquitectura.

Con un poco de dinero reunido, Charles Edouard-Jeanneret se va de viaje y recorre buena parte de Europa. Regresa únicamente para planear el siguiente, que lo lleva al Oriente. En varias libretas plasma dibujos con fachadas, plantas, soluciones espaciales que más tarde, cuando en 1920 llegue a París para establecer su propio despacho en la ciudad que nunca pudo transformar, se convierta en Le Corbusier, el cuervo de gruesos lentes y corbata de pajarita.

---

<sup>2</sup> *Ibidem.*







Museo Solomon R. Guggenheim. Frank Lloyd Wright, Nueva York (Getty Images Latin America)

México no es la excepción en el tema de las paternidades reconocidas o no aceptadas.

Le Corbusier se convirtió en padre de decenas de arquitectos, muchos de los cuales se formaron en su despacho de la calle de Sèvres número 35, entre ellos el colombiano Rogelio Salmona o Teodoro González de León, para quien fue definitivo no pisar la Escuela de Bellas Artes de París —contaba con una beca obtenida gracias al apoyo del arquitecto José Villagrán García, padre de muchos arquitectos mexicanos— y cuya influencia *lecorbusierana* es reconocible en sus proyectos.

¿Qué hubiera sido de la obra de hombres como Ricardo Legorreta o Juan Sordo Madaleno sin la decisiva influencia de Luis Barragán, su auténtico padre espacial y del color?

El mecanismo de la paternidad en arquitectura funciona en sentido inverso: en este caso, los hijos son quienes reconocen a sus padres. Es probable que más de un arquitecto ilustre, si es que vive para observar los excesos y pecados que se comenten en su nombre, decida no reconocer a ninguno de sus vástagos, aunque estos se les cuelguen de la ropa. ▀